

BIBLIOTECA Y CULTURA POPULAR DE EL SALOBRE DURANTE LA REPÚBLICA

No hace mucho cayó por azar en mis manos el número 169, el primero del año 2009, de la revista *Educación y Biblioteca*, que contiene un artículo, para mí tan curioso como aleccionador, a la vez que entrañable, porque habla de mi pueblo, El Salobre (Albacete), y de las condiciones culturales que bajo la República disfrutaron mi padre y sus contemporáneos: una generación truncada por la Guerra –y no digamos ya por la posguerra, que en este pueblo fue mucho peor que aquella– que, sin embargo, siempre me llamó la atención por su preparación y por sus inquietudes.

En realidad, se trata de un informe del viaje de inspección que, a finales de 1935, ya con cuarenta años, hizo el zaragozano Juan Vicéns de la Llave a Bienservida, Reolid y El Salobre. Este intelectual de la Generación del 27, que en la Residencia de Estudiantes trabó amistad con Lorca, Luis Buñuel y Dalí, entre otros artistas y escritores, se estableció en París con su mujer, María Luisa González, afecta al mismo círculo, y fundó con su amigo Sánchez Cuesta la *Librairie Espagnole*, que fue un escaparate para nuestra cultura y punto de reunión de escritores y artistas, sobre todo españoles y franceses, como Louis Aragón, André Bretón, o Paul Eluard. Tras la proclamación de la República quiso volver a España, y lo hizo en 1932, para colaborar en la ingente tarea de cambiar un país sin despensa ni escuela –un 32% de analfabetismo– en una sociedad moderna e instruida. Para ello se hizo funcionario inspector de Bibliotecas de la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros y las de las Misiones Pedagógicas creadas por la República, desde mayo de 1931, e impulsadas entre otros por el mismo Vicéns, María Moliner y Luis Cernuda, a fin de promover la auténtica cultura popular en el medio rural con arreglo al modelo, ya propuesto cincuenta años atrás por Giner de los Ríos, de las denominadas “Misiones Ambulantes”, que habrían de llevar música, teatro y libros a los más apartados rincones del país, donde los alfabetos apenas si llegaban al 50%.

Pero lo que interesa para este trabajo no es la ilustre figura de Vicéns, sino las impresiones que este auténtico apóstol de la instrucción de masas, y muy en especial de las masas rurales, nos deja al relatar su rápida visita a las de Bienservida, El Salobre y Reolid, entre otras bibliotecas de provincias vecinas (recorrió más de cien en toda España, yendo a veces a pie, por falta de otros medios). De la de Bienservida, a donde llegaría tras siete horas de viaje en autobús de línea, dice que es un lugar de los más frecuentados de la villa (hasta el punto de ser la puerta del local un punto de reunión para la juventud, sobre todo a la hora de volver del trabajo en el campo), y que funciona bien, gracias al entusiasmo del maestro fundador –suponemos que fuera Agustín Sandoval– y de un simple vecino que se había ofrecido como bibliotecario, así como a la gran demanda de la gente, que ha mejorado mucho su nivel cultural, en opinión de varias personas consultadas. Lo pudo comprobar porque varios lectores acudieron a devolver sus préstamos o pedir nuevos libros, al ver que estaba abierta, aunque era domingo. De Reolid y El Salobre señala lo siguiente:

“Acceso: con el mismo auto que a Bienservida, se llega a Reolid, que es alcaldía pedánea de Salobre. De Reolid a Salobre hay 6 kilómetros, que hay que hacer alquilando un auto. Conviene ir primero a Bienservida y luego a Salobre.”



Juan Vicéns y su esposa, María Luisa González

Esta biblioteca es sumamente curiosa. Reolid, que es un anejo de Salobre, se ha ido haciendo más importante que la villa, por estar en la carretera. Pero así como en Salobre la propiedad está muy repartida, en Reolid todo es de cuatro propietarios. Si hubieran sido dos ayuntamientos distintos, se puede asegurar que Salobre hubiera pedido biblioteca y Reolid no. Así, en Salobre la biblioteca marcha muy bien, y también otra de Misiones Pedagógicas que hay, y en Reolid no se preocupan de semejantes cosas. De Salobre han partido numerosas iniciativas para extender el uso de la biblioteca a Reolid, y todas han caído en la mayor indiferencia. Salobre, aun estando retirado en el monte (la carretera va por una hoz y el pueblo está en un vallecito cerrado muy agradable), es mucho más culto y tiene menos analfabetos que Reolid, más movido y con más analfabetos.

La biblioteca marcha bien, aunque no sabían manejarla muy bien. También aquí el Espasa había acorralado a la biblioteca, que está colocada en un estante insuficiente, pero, lo mismo que en Montealegre, por una parte están haciendo un nuevo estante, y por otra el desorden molesta y da más trabajo al bibliotecario, pero la biblioteca marcha. La Junta, el secretario del Ayuntamiento y el bibliotecario están animados de la mejor voluntad. En la Junta hay un médico, un farmacéutico, los maestros –Tomas de la Iglesia e Hipólito Linares-, etcétera etcétera.

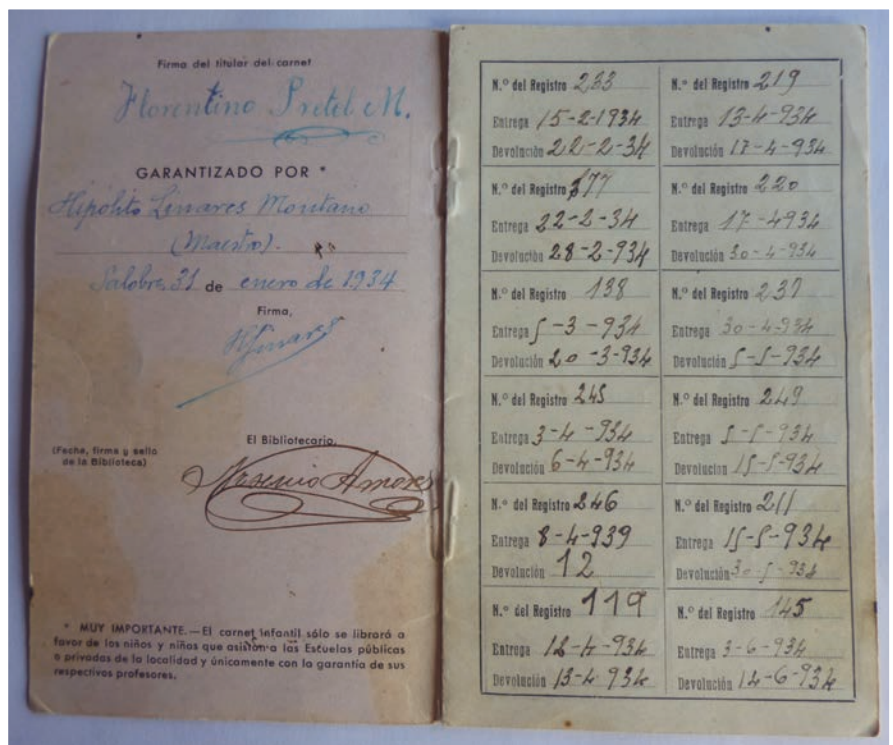
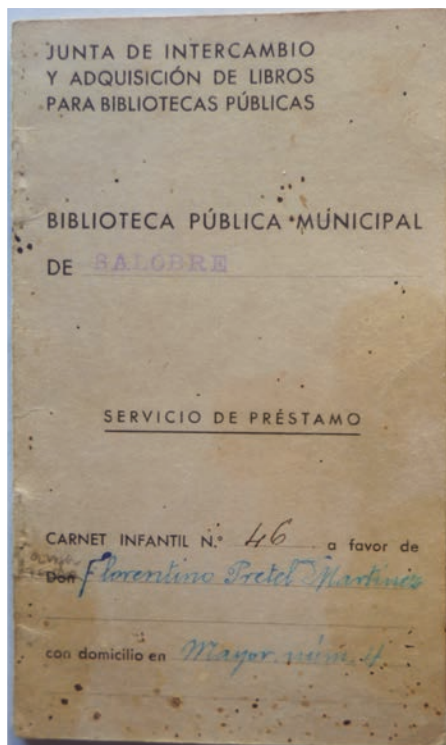
Hay todavía otra aldea apartada –se refiere al Ojuelo- y a ella prestan libros por medio del maestro que hay allí (que era José Millán). Como antes digo, hicieron sin éxito a Reolid proposiciones análogas. De Reolid les piden algunos préstamos, pero de modo absolutamente privado.

Tampoco se pudo hacer aquí reunión pública, porque sólo pude estar 3 horas, durante las que me esperaba el auto que me llevó, porque al día siguiente el auto sale antes de las 8 de la mañana y es preciso dormir en Reolid.

También es aquí muy necesario enviar los 200 volúmenes que permitirían intensificar el servicio a los anejos. Recientemente, el Ayuntamiento ha adquirido 200 volúmenes a la casa Calpe, cuyo viajante llevaba una recomendación “sumamente expresiva” del Gobernador”.



Sello en un libro de la Biblioteca de El Salobre



Carnet de la Biblioteca de El Salobre

Queda claro, por tanto, que El Salobre, al igual que Bienservida, poseía no una, sino dos bibliotecas agrupadas: la del Ayuntamiento, dotada por convenio de éste con el Estado, y la de las “Misiones Pedagógicas”. Actuaba como bibliotecario, de manera altruista, Arsenio Amores, de profesión barbero, pero hombre de gran inquietud cultural. Todavía conservo el “carnet infantil” expedido por él en enero de 1934 a favor de mi padre –que tenía 13 años- bajo la garantía del maestro, Hipólito Linares, fiador de sus alumnos en la devolución de los libros prestados. En él se anotarían con minuciosidad casi profesional las entregas y recuperaciones semanales, o cada dos semanas, a partir de febrero de este año y hasta 1938, en que el “niño” se fue a estudiar Albacete un bachiller que nunca podría terminar, puesto que en ese año será movilizadado y enviado a la guerra, donde sería herido pocos días después de cumplir los 18. Con lectores así, y con voluntarios y maestros como aquellos, se entiende que el nivel cultural de este pueblo, como el de Bienservida, que también destacaba el inspector Vicéns, subiera en poco tiempo y diera como fruto una generación de gente inquieta y culta, aunque no titulada.

Aunque ya por las fechas de finales de 1935, cuando escribe su informe Juan Vicéns, con los cambios políticos y los nuevos gobiernos del Bienio Radical, que Américo Castro llegó a calificar de auténticos “dinamiteros de la cultura”, estaba en retroceso la labor de Fernando de los Ríos y de su antecesor Marcelino Domingo, ministros de Instrucción Pública y Bellas Artes, la siembra era tan buena que aún se mantenían estas dos bibliotecas, gestionadas de manera conjunta, gracias al entusiasmo y entrega de maestros, voluntarios, médico y boticario y otras personas cultas de la localidad, que formaban la Junta, y del Ayuntamiento, presidido por Bernardo González. Algo que contrastaba con lo observado en pueblos como Oliva (Valencia), o Bullas (Murcia), donde se evidenciaba el escaso interés de las autoridades y de las “fuerzas vivas”, cuando no la patente hostilidad de las clases pudientes, que hablaban expurgar los libros “peligrosos” e incluso llegarían a cerrar el local.

No consta expresamente que aquí también hubiera audiciones de música, proyecciones de cine y diaporamas, o el pequeño museo, que a menudo solían promoverse junto a la biblioteca para atraer a la gente y abrir una ventana a otros mundos más anchos. Es de creer que así fuera, pues al menos parece que en el pueblo arraigó la afición por el teatro y la música, pero ya no sabemos si se debe al influjo de estas iniciativas del gobierno de Azaña, o si era más antigua, como lo fue sin duda la representación del Auto de los Reyes, compartido con Vianos (o más bien trasplantado allí desde El Salobre). En cualquier caso, queda, tras leer el relato de Vicéns, un regusto agridulce: dulce porque se ve cuán poco cuesta hacer cultura popular, y lo poco que ésta tiene que ver con eso que hoy en día se suele entender como tal (más bien el “pan y circo” del imperio romano); agrio porque sabemos lo poco que duraron semejantes políticas.

En efecto, la Guerra se llevó por delante muchas cosas. Entre ellas, a Vicéns, que había sido impulsor de la Junta de Incautaciones y de la puesta en marcha de nuevas bibliotecas populares, colaborando en ello con Navarro Tomás y María Moliner, entre otros expertos leales al gobierno del Frente Popular, e incluso bibliotecas para los combatientes, y tuvo que exiliarse primero a París, donde dirigiría la Oficina de Propaganda y ayudó a los servicios secretos españoles hasta la invasión de Francia por los nazis; luego a Méjico, donde puso en marcha el sistema estatal de bibliotecas, y después brevemente a la URSS –donde su esposa había fundado ya la cátedra de lengua y cultura española- y China Popular (moriría en Pekín, en el 59). En lo que se refiere a El Salobre, Arsenio Amores ya no volvió del frente,



Arsenio Amores



El maestro, don Hipólito

así como ocho o diez jóvenes usuarios de aquella biblioteca. Y la posguerra fue todavía peor: el maestro, don Hipólito escapó con fortuna, tan solo con dos años de inhabilitación para el ejercicio de cargos directivos, por haber pretendido afiliarse a FETE-UGT, como era obligado durante la contienda, a la depuración habitual, comenzada en su caso el año 39 y concluida en el 41, gracias a los informes positivos del cura, el alcalde y el jefe de Falange y al pliego de descargo en que se proclamaba derechista, afecto al Movimiento y hasta desobediente a la orden de quitar el Crucifijo que tenía en la escuela. Menos suerte tuvieron varios de sus alumnos, algunos de los cuales acabaron en Francia o en la cárcel (donde algunos de ellos ejercieron como bibliotecarios y administrativos), o se fueron del pueblo por distintas razones. Los libros embalados en el Ayuntamiento, a la espera de ser sometidos a expurgo, serían entregados a las autoridades franquistas de Albacete, aunque algunos quedaron en poder de vecinos que habían sido usuarios de aquella biblioteca y se las ingeniaron para no devolverlos, al no tener a nadie que se los reclamara. Sin duda, no se puede alabar su actitud, pero hay que decir que algunos se salvaron precisamente gracias a este tipo de “privatizaciones preventivas”.

Ahora que en El Salobre vuelve a haber biblioteca, y mucho más provista y mejor atendida de lo que nunca estuvo, incluso con recursos como esa ventana abierta a todo el mundo que es hoy día Internet, sería deseable que no quedara solo en un lugar al que acuden los niños para hacer deberes escolares o para navegar por el no siempre limpio espacio de la red. El propio Juan Vicéns proponía que en torno a estas bibliotecas debía organizarse la vida cultural y social, lúdica y deportiva, de los pueblos de España, pues, como bien decía su amigo García Lorca, bueno es que el pueblo coma, y hasta que se divierta, pero sin olvidar otras necesidades: “si me viera en la calle, hambriento y desvalido, no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro”.

Aurelio Pretel Marín